

consiguen una cumplida bienaventuranza, están exentas de pasiones; por lo cual dice Plotino (citado por Macrobio, argumento 1.º) que « las virtudes políticas » suavizan las pasiones », esto es, las reducen al medio; « las segundas, es decir, » las purgativas, las quitan; las terceras, » que son propias del ánimo purgado, las » olvidan; y en las cuartas, es decir, en » las ejemplares ni es lícito nombrarlas »: aunque puede decirse que habla aquí de las pasiones, según que significan algunos desordenados movimientos.

Al 3.º que el abandonar las cosas humanas, cuando la necesidad se impone, es vicioso; en otro caso es virtuoso: por eso sienta Tulio (ibid.) poco ántes que « tal » vez se debe conceder á los que no do- » minando en la república se han con- » grado al estudio con excelente ingenio, » y á aquellos que ó por falta de salud ó » impedidos por otra alguna causa grave

» se retiraron de la república, dejando á » otros la potestad de administrarla y su » alabanza ». Lo cual concuerda con lo que dice S. Agustín (De civ. Dei, l. 19, c. 19): « ocio santo busca la caridad de » la verdad; negocio justo toma á su » cargo la necesidad de la caridad: carga » que si ninguno la impone, se ha de » vacar para adquirir y contemplar la » verdad; mas si se impone, se ha de re- » cibir por la necesidad de la caridad ».

Al 4.º que sola la justicia legal mira directamente al bien comun; mas por imperio arrastra al bien comun á todas las otras virtudes, como (Ethic. l. 5, c. 1) dice Aristóteles. Porque hay que considerar que á las virtudes políticas, según aquí se las llama, pertenece no solo obrar bien para el comun, sino tambien obrar bien para las partes del comun, esto es, para la casa ó para alguna particular persona.

CUESTION LXIII.

Virtudes teologales.

Consideraremos ahora las virtudes teologales en cuatro artículos. 1.º Hay algunas virtudes teologales?—2.º Las virtudes teologales se diferencian de las intelectuales y morales?—3.º Cuántas y cuales son?—4.º Su orden.

ARTÍCULO I.—Hay algunas virtudes teologales?

1.º Parece que no hay virtudes algunas teológicas: porque (Phys. l. 7, t. 17) « la virtud es disposición de lo perfecto á » lo óptimo; y llamo perfecto á lo que » está dispuesto según la naturaleza ». Pero lo que es divino está sobre la naturaleza del hombre. Luego las virtudes teológicas no son virtudes del hombre.

2.º Las virtudes teológicas se dicen como virtudes divinas; y las virtudes divinas son ejemplares, como se ha dicho (C. 61, a. 5); las cuales ciertamente no están en nosotros, sino en Dios. Luego las virtudes teológicas no son virtudes del hombre.

3.º Virtudes teológicas se llaman aquellas, con las cuales somos ordenados á Dios, que es primer principio y último fin. El hombre empero por la misma naturaleza de la razón y de la voluntad tiene orden hácia el primer principio y último fin. Luego no se requieren algunos hábitos de virtudes teológicas, por los que la razón y la voluntad se ordenen á Dios.

Por el contrario: los preceptos de la ley versan acerca de los actos de las virtudes. Mas acerca de los actos de fe, de esperanza y de caridad se dan preceptos en la ley divina; pues se dice (Eccli. 2, 8): *los que teméis á Dios, creed á él, y tambien (v. 9) esperad en él, y luego (v. 10) amadle.* Luego la fe, la espe-

ranza y la caridad son virtudes, que ordenan hácia Dios: luego son teológicas.

Conclusion. *Los principios sobreañadidos por Dios al hombre, y que le ordenan á la bienaventuranza sobrenatural, se llaman virtudes teológicas.*

Responderemos, que por la virtud se perfecciona el hombre para los actos, por los cuales se ordena á la bienaventuranza, como se evidencia por lo dicho (C. 3, a. 5; C. 2, a. 7; y C. 55, a. 3). Mas es de dos clases la bienaventuranza ó felicidad del hombre, como se ha dicho (C. 3, a. 2, al 4.º; y C. 5, a. 5): una proporcionada á la humana naturaleza, á la cual puede llegar el hombre por medio de los principios de su naturaleza; y otra es la bienaventuranza, que escede á la naturaleza del hombre, á la cual solo por la virtud divina puede llegar el hombre según cierta participación de la divinidad, conforme á lo que se dice (II Petr. 1, 4) que *por Cristo somos hechos participantes de la naturaleza divina*: y, como esta bienaventuranza escede la proporción de la humana naturaleza, los principios naturales del hombre, de los que procede el bien obrar según su proporción, no bastan para ordenar al hombre á la bienaventuranza predicha; siendo por consiguiente necesario (1) que se sobreañadan al hombre divinamente algunos principios, por cuyo medio se ordene á la bienaventuranza sobrenatural; así como por los principios naturales se ordena á su fin connatural, no empero sin el auxilio divino: y estos principios se llaman virtudes teológicas, ya porque tienen á Dios por objeto, en cuanto por ellas nos ordenamos rectamente á Dios; ya porque por solo Dios se nos infunden (2); ya (*en fin*) porque por sola la revelación divina se nos enseñan en la Sagrada Escritura tales virtudes.

Al argumento 1.º dirémos, que una na-

turalidad puede atribuirse á una cosa de dos maneras: una esencialmente, y en este sentido tales virtudes teológicas esceden la naturaleza del hombre; y otra participativamente, como el leño encendido participa de la naturaleza del fuego, y así en cierto modo se hace el hombre participante de la naturaleza divina, como queda dicho: de manera que estas virtudes convienen al hombre según la naturaleza participada.

Al 2.º que estas virtudes no se dicen divinas, como por las que Dios sea virtuoso; sino en cuanto nosotros somos hechos virtuosos por Dios y en orden á Dios: de modo que no son ejemplares, sino ejempladas (3).

Al 3.º que la razón y la voluntad se ordenan naturalmente á Dios, como que es principio y fin de la naturaleza; pero según la proporción de la naturaleza: mas al mismo, como objeto que es de la bienaventuranza sobrenatural, la razón y la voluntad según su naturaleza no se ordenan suficientemente.

ARTÍCULO II.—¿Las virtudes teológicas se diferencian de las intelectuales y morales?

1.º Parece que las virtudes teológicas no se diferencian de las intelectuales y morales: porque las virtudes teológicas, si están en el alma humana, deben perfeccionarla ó en su parte intelectual, ó en la parte apetitiva; mas las virtudes que perfeccionan la parte intelectual se llaman intelectuales, y las virtudes que perfeccionan la parte apetitiva (4) son morales. Luego las virtudes teológicas no se diferencian de las virtudes morales é intelectuales.

2.º Llámense virtudes teológicas las que nos ordenan á Dios (5). Pero entre las virtudes intelectuales hay alguna, que

tipo de ellas recibido de Dios, en quien se halla la fuente y ejemplar de toda virtud y de toda perfección, como de todo bien y felicidad.

(4) Tanto superior, cual es la voluntad misma ó el apetito racional, como la inferior ó los apetitos irascible y concupiscible, según ya ántes de ahora y más de una vez se deja hecho notar y está además reiteradamente consignado en el texto mismo.

(5) Directa é inmediatamente como á nuestro propio objeto y último fin; que mediata y consecuentemente lo hace la virtud de la religión, que por eso mismo no alcanza el carácter esencial de virtud teológica; ni se llama tal, aunque es entre las morales la que más se aproxima á las teologales.

(1) El Santo Concilio de Trento (ses. 6, c. 6) declara necesarias para conseguir la salvación eterna estas tres virtudes, y que no basta á ese fin la fe sin la concurrencia de las otras dos. No son pues simplemente útiles, sino indispensables á la consecución de la suprema y eterna felicidad.

(2) Es tan esencial á estas virtudes por su concepto mismo de teológicas, que jamás podría el hombre obtenerlas por ningún otro medio; pues, en el hecho mismo de no haber sido infundidas por Dios, dejarían de ser teologales ó divinas, quedando reducidas á la categoría de meramente humanas, y pudiendo así entónces clasificarse la fe entre las intelectuales y entre las morales la esperanza y la caridad.

(3) *Exemplatae*, modeladas ó como troqueladas por el divino

nos ordena á Dios, cual es la sabiduría, que versa sobre las cosas divinas, como que considera una causa altísima. Luego las virtudes teológicas no se diferencian de las virtudes intelectuales.

3.º San Agustín (De morib. Eccl. c. 15), manifiesta respecto de las cuatro virtudes cardinales que son órden del amor. Siendo pues el amor caridad, la cual reconoce como virtud teológica; infiérese que las virtudes morales no se diferencian de las teológicas.

Por el contrario: lo que está sobre la naturaleza del hombre, se distingue de lo que es según la naturaleza del hombre. Mas las virtudes teológicas superan la naturaleza del hombre, al cual según su naturaleza convienen las virtudes intelectuales y morales, como consta de lo arriba dicho (C. 58, a. 4 y 5): luego se diferencian las unas de las otras.

Conclusion. Las virtudes teológicas se diferencian en especie de las intelectuales y morales.

Responderémos que, como arriba se ha dicho (C. 54, a. 2), los hábitos se diferencian en especie según la diferencia formal de los objetos: y el objeto de las virtudes teológicas es el mismo Dios, que es último fin de las cosas, según que escende al conocimiento de nuestra razón; mientras que el objeto de las virtudes intelectuales y morales es algo, que puede ser comprendido por la razón humana. De donde se deduce que las virtudes teológicas se distinguen en especie de las intelectuales y morales (1).

Al argumento 1.º dirémos, que las virtudes intelectuales y morales perfeccionan el entendimiento y el apetito del hombre según la proporción de la naturaleza humana; pero las teológicas sobrenaturalmente (2).

Al 2.º que la sabiduría, que Aristóteles (Ethic. l. 6, C. 3 y 7) dice ser virtud intelectual, considera las cosas divinas como investigables para la razón humana; pero la virtud teológica se refiere á

(1) Difieren específicamente bajo el concepto más lato y genérico de virtud, en cuanto unas y otras son virtudes verdaderas y propiamente dichas; pues, atendido el carácter peculiar y respectivo de unas y otras, más exactamente se dirían diversas aún en género, comprendiendo cada uno de esos dos géneros sus propias especies distintas entre sí.

(2) De aquí la definición descriptiva de la virtud teológica propuesta por Drion, y que sustancialmente coincide con la

ellas, según que escenden á la razón humana.

Al 3.º que, aunque la caridad sea amor, sin embargo no todo amor es caridad; y, así cuando se dice que « toda virtud es órden del amor », puede entenderse ó del amor comunmente dicho, ó del amor de caridad. Si del amor comunmente dicho, en este sentido se dice que cualquiera virtud es *órden del amor*, en cuanto para cualquiera de las virtudes cardinales se requiere afección ordenada, y la raíz y principio de toda afección es amor, como se ha dicho (C. 25, a. 2); pero, si se entiende del amor de caridad, no se da por esto á entender que cualquiera otra virtud sea esencialmente caridad, sino que todas las otras virtudes dependen de la caridad de algún modo, como se verá adelante (C. 62, a. 4; y 2.º-2.º, C. 23, a. 7 y 8).

ARTÍCULO III. — ¿ La fe, la esperanza y la caridad se establecen convenientemente como virtudes teológicas ?

1.º Parece que inconvenientemente se cuentan tres virtudes teológicas, la fe, la esperanza y la caridad: porque las virtudes teológicas dicen órden á la bienaventuranza divina, como la inclinación de la naturaleza á su connatural. Mas entre las virtudes ordenadas á fin connatural fijase una sola virtud natural, la inteligencia de los principios. Luego debe admitirse una sola virtud teológica.

2.º Las virtudes teológicas son más perfectas que las virtudes intelectuales y morales. Pero entre las virtudes intelectuales no se enumera la fe, sino que es algo menos que virtud, puesto que es un conocimiento imperfecto (3); y del mismo modo entre las virtudes morales no se cuenta la esperanza, que es algo menos que virtud, puesto que es pasión. Luego mucho menos deben considerarse virtudes teológicas (4).

3.º Las virtudes teológicas ordenan el

adoptada por otros varios teólogos: « la que por su acto interno toca inmediatamente á Dios, como sobrenaturalmente conocido ».

(3) Como que se funda en la opinión, que puede ser imperfecta y aún falsa según Aristóteles (Ethic. l. 6, c. 5.).

(4) « La esperanza y la fe », debe sobreentenderse, como es obvio según el contexto de la objeción.

alma del hombre á Dios. Pero á Dios no puede el alma del hombre ordenarse, sino por medio de la parte intelectual, en la cual residen el entendimiento y la voluntad. Luego no debe haber más que dos virtudes teológicas, una que perfeccione el entendimiento, y otra que perfeccione la voluntad.

Por el contrario, dice el Apóstol (I Cor. 13, 13): *y ahora permanecen la fe, la esperanza, y la caridad, estas tres.*

Conclusion. Convenientemente se dice que hay tres virtudes teológicas, fe, esperanza y caridad, que ordenan al hombre á su fin sobrenatural.

Responderémos que, como ya se ha dicho (a. 1), las virtudes teológicas ordenan al hombre á la bienaventuranza sobrenatural, así como por la inclinación natural es ordenado el hombre al fin connatural á él. Mas esto se verifica de dos modos: 1.º según la razón ó el entendimiento, en cuanto contiene los primeros principios universales, que nos son conocidos por la luz natural del entendimiento, conforme á los cuales procede la razón, tanto en lo especulativo como en lo operable; 2.º por la rectitud de la voluntad, que naturalmente tiende al bien de la razón. Pero estas dos cosas son insuficientes en el órden de la bienaventuranza sobrenatural, según aquello de San Pablo (I Cor. 2, 9): *ojo no vió, ni la oreja oyó, ni en el corazón del hombre subió lo que preparó Dios para los que le aman*; de aquí la necesidad de que en cuanto á las dos cosas se añadiese sobrenaturalmente al hombre algo, para ordenarle á su fin sobrenatural: 1.º en cuanto al entendimiento se añaden al hombre ciertos principios sobrenaturales, que son aprendidos mediante la luz divina, y estos son los de credibilidad, acerca de las cuales versa la fe; 2.º asimismo la voluntad es ordenada á aquel fin, ya en cuanto al movimiento de la intención con tendencia al mismo, como á lo que es posible alcanzar, lo cual pertenece á la esperanza; ya también en cuanto á cierta

(1) Como falibles é inciertas que son; bien al contrario de las que se apoyan en la verdad divina, que son infalibles: y tal es el objeto de la fe y de la esperanza teológicas.

(2) Tanto el Apóstol San Pablo como los SS. PP. y la Iglesia en su liturgia, pero sobre todo en el Concilio de Trento (ses. 6, c. 6), y hasta los fieles todos enumeran constante y

unión espiritual, por la que en cierto modo se transforma en aquel fin, lo cual se verifica por medio de la caridad: porque el apetito de cada cosa naturalmente es movido y tiende hácia el fin, que le es connatural; y este movimiento proviene de cierta conformidad de la cosa con su fin.

Al argumento 1.º dirémos, que el entendimiento necesita de especies inteligibles, por medio de las cuales entienda; y por lo tanto es preciso reconocer en él algún hábito natural sobreañadido á la potencia. Pero la misma naturaleza de la voluntad basta para el órden natural con respecto al fin, ora en cuanto á la intención del fin, ora en cuanto á su conformidad con el mismo; al paso que en órden á aquellas cosas, que están sobre la naturaleza, para nada de estas basta la naturaleza de la potencia, y por consiguiente há menester la sobreadición del hábito sobrenatural en cuanto á una y otra.

Al 2.º que la fe y la esperanza llevan consigo cierta imperfección; porque la fe es acerca de las cosas que no se ven, y la esperanza respecto de las que no se tienen; y por lo mismo el tener fe y esperanza de lo que está al alcance de la potestad humana no tiene perfecta razón de virtud (1); pero el tener fe y esperanza de lo que es superior á la facultad de la naturaleza humana, escende á toda virtud proporcionada al hombre, según aquello de San Pablo (I Cor. 1, 25): *lo que parece flaco en Dios, es más fuerte que los hombres.*

Al 3.º que al apetito pertenecen dos cosas, á saber, el movimiento hácia el fin y la conformación al fin por medio del amor; y así es preciso adjudicar al apetito humano dos virtudes teológicas, la esperanza y la caridad.

ARTÍCULO IV. — ¿ Es la fe antes que la esperanza, y la esperanza antes que la caridad ? (2)

1.º Parece que no es este el órden de las virtudes teológicas, siendo la fe pri-

unánimemente en este mismo órden las tres virtudes llamadas comunmente teológicas; dando así á entender que la fe es la base ó fundamento y la caridad el complemento y consumación de todas ellas en la obra de la justificación del hombre; y, si bien por parte de Dios todas tres son infundidas simultáneamente en el alma, no así siempre por parte del

mero que la esperanza, y la esperanza ántes que la caridad: porque la raíz es anterior á lo que de ella procede; y la caridad es la raíz de todas las virtudes, segun aquello de San Pablo (Ephes. 3, 17), *arraigados y cimentados en caridad*: luego la caridad es ántes que las otras.

2.º San Agustín dice (De doctr. Christ. t. 1, c. 37): «no puede uno amar lo que no cree que existe; y, si cree y ama, obrando bien resulta que también espera». Luego parece que la fe precede á la caridad, y la caridad á la esperanza.

3.º El amor es el principio de toda afecion, como se ha dicho (C. 25, a. 2). Es así que la esperanza denota cierta afecion, por ser una pasion, como ya queda dicho (C. 25, a. 2). Luego la caridad, que es amor, es anterior á la esperanza.

Por el contrario, el Apóstol (1 Cor. 13, 13) enumera estas virtudes diciendo: *y ahora permanecen estas tres, la fe, la esperanza y la caridad*.

Conclusion. *Ni la fe precede á la esperanza ni la esperanza á la caridad [1] en su concepto comun de hábitos: mas [2] en el orden de generacion en un mismo sujeto la fe precede á la esperanza, y la esperanza á la caridad segun los actos; y en orden de perfeccion [3] la caridad precede á la fe y á la esperanza.*

Responderemos, que el orden es de dos maneras, de generacion y de perfeccion. *En el orden de generacion*, segun el cual la materia es ántes que la forma y lo imperfecto ántes que lo perfecto, *en un solo sujeto mismo la fe precede á la esperanza y la esperanza á la caridad segun los actos*; porque los hábitos se infunden simultáneamente: puesto que no puede el movimiento apetitivo tender hácia

sujeto, cuya disposicion no conveniente puede frustrar á veces el designio del Señor, cual sucede en los adultos que reciben el santo bautismo sin arrepentimiento de sus anteriores culpas personales: advertencia importantísima, que con el Cardenal Cayetano juzgamos necesario consignar para esclarecimiento de esta doctrina, y á fin de evitar torcidas interpretaciones, y con la mira además de combatir espesa y terminantemente el capitalísimo error herético y como tal anatematizado por el citado Concilio Tridentino contra los protestantes y cualesquiera otros, que afirmen bastar la fe sola para justificarnos y salvarnos.

(1) Es decir, el acto de esperanza precede al de caridad, como á su vez es precedido del acto de la fe; aunque los há-

bitos de todas tres son infundidos simultáneamente, conforme á lo explicado en la nota anterior y segun se espone también en el cuerpo mismo del artículo en perfecta consonancia con la distincion establecida en su *Conclusion*.

(2) En lo que únicamente hay alguna divergencia entre los doctores de las diversas escuelas y segun sus diferentes puntos de vista es con respecto á la dignidad correlativa de la fe y la esperanza; siendo al parecer más probable que su contraria la opinion de Silvio, Medina y otros, que dan la preeminencia á la fe, como asimismo se colige opinaba el Doctor Angélico de lo que espone en la 2.ª-2.ª, C. 4, a. 7, que puede consultarse.

Y con esto queda contestado el argumento 1.º

Al 2.º diremos, que San Agustín habla de la esperanza, con la que espera uno por los méritos ya contraidos que podrá llegar á la bienaventuranza, lo cual es propio de la esperanza formada, consecuencia de la caridad. Mas puede uno esperar ántes de tener caridad, no segun los méritos que ya tiene, sino por los que espera tener.

Al 3.º que, como ya se ha dicho (C. 40, a. 7) al tratar de las pasiones, la esperanza mira á dos cosas: la una como su principal objeto, el bien que se espera, y respecto de este siempre el amor precede á la esperanza, pues nunca se espera bien alguno, si no es deseado y amado;

una cosa ó amando ó esperando, sino en cuanto es aprendida por el sentido ó por el entendimiento; y por medio de la fe aprende el entendimiento lo que espera y ama. Segun esto *necesariamente en el orden de generacion la fe precede á la esperanza y á la caridad*. Del mismo modo en tanto el hombre ama algo, en cuanto lo aprehende como su bien; y en el hecho mismo de esperar el hombre que puede alcanzar de alguno algun bien, reputa al mismo, en quien tiene esperanza, como cierto bien suyo. Así que, por lo mismo que el hombre espera de alguno, procede á amarle: y así *en el orden de generacion segun el acto la esperanza precede (1) á la caridad; pero en el orden de perfeccion la caridad precede á la fe y á la esperanza (2)*, por la razon de que tanto la fe como la esperanza se forman por la caridad y adquieren de ella la perfeccion de la virtud: porque la caridad es madre y raíz de todas las virtudes, en cuanto es forma de todas las virtudes, como se dirá más abajo (C. 62, a. 4; y 2.ª-2.ª c. 23, a. 7 y 8).

Responderemos, que el orden es de dos maneras, de generacion y de perfeccion. *En el orden de generacion*, segun el cual la materia es ántes que la forma y lo imperfecto ántes que lo perfecto, *en un solo sujeto mismo la fe precede á la esperanza y la esperanza á la caridad segun los actos*; porque los hábitos se infunden simultáneamente: puesto que no puede el movimiento apetitivo tender hácia

(1) Es decir, el acto de esperanza precede al de caridad, como á su vez es precedido del acto de la fe; aunque los há-

y mira también la esperanza á aquel, de quien espera poder conseguir el bien, y en cuanto á este ciertamente precede desde luego la esperanza al amor, aunque despues por el mismo amor se aumente la

esperanza: porque, por lo mismo que uno juzga que por medio de alguno puede conseguir algun bien, empieza á amarle; y, por lo mismo que le ama, espera despues de él con más confianza.

CUESTION LXIII.

Causa de las virtudes.

Acerca de esto investigaremos cuatro cosas: 1.ª La virtud existe en nosotros por naturaleza? — 2.ª Alguna virtud es causada en nosotros por la costumbre de las obras? — 3.ª Algunas virtudes morales estan en nosotros por infusion? — 4.ª La virtud, que adquirimos por la costumbre de las obras, es de la misma especie que la virtud infusa?

ARTÍCULO I. — Existe en nosotros por naturaleza la virtud?

1.º Parece que la virtud está en nosotros por naturaleza: pues dice San Juan Damasceno (De Orth. fid. l. 3, c. 14): «naturales son las virtudes, y por igual existen en todos»; y San Antonino dice (Sermon á los monjes): «si la voluntad á mudarse la naturaleza, perversidad es; guárdese la condicion, y es virtud»; y (Matth. 4, sobre aquello de *recorria Jesus enseñando*, etc.) dice la Glosa ordinaria: «enseña naturales virtudes, á saber, la justicia, la castidad, la humildad, que naturalmente tiene el hombre».

2.º El bien de la virtud consiste en ser segun la razon, como se colige de lo dicho (C. 55, a. 4, al 2.º). Es así que lo que es segun la razon es natural al hombre, puesto que la razon es naturaleza del hombre. Luego la virtud es inherente al hombre por naturaleza.

3.º Aquello se dice sernos natural, que desde el nacimiento nos es congénito; y tales son ciertas virtudes, pues se dice (Job; 31, 18): *desde la infancia creció conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo*: luego la virtud existe en el hombre por naturaleza.

Por el contrario: lo que existe en el hombre por naturaleza es comun á todos los hombres, y no se quita por el pecado, porque aun «en los demonios permane-

cen los bienes naturales», como dice San Dionisio (De Div. nom. c. 4, lect. 19). Pero la virtud no existe en todos los hombres, y se quita por el pecado. Luego no existe en el hombre por naturaleza.

Conclusion. *Las virtudes intelectuales y morales segun cierta incoacion [1] son connaturales al hombre, ya bajo la razon de especie, ya segun la naturaleza del individuo; pero [2] no en cuanto á su consumacion ó perfeccion: y [3] las virtudes teológicas proceden totalmente de causa estrínseca al hombre.*

Responderemos, que acerca de las formas corporales algunos dijeron que procedian totalmente (*ab intrinseco*) de adentro, como suponiendo formas latentes; otros (*por el contrario*) que eran totalmente (*ab extrinseco*) de afuera, como indicando que las formas corporales procedian de alguna causa separada (1); mas otros (*en fin*) que en parte eran *ab intrinseco*, en cuanto preexisten en la materia en potencia, y parte *ab extrinseco*, en cuanto se reducen al acto por medio del agente. Así también acerca de las ciencias y las virtudes algunos sentaron que aquellas totalmente procedian de adentro, de modo que todas las virtudes y todas las ciencias naturalmente preexisten en el alma, pero por la educacion y el ejercicio se quitan los impedimentos

(1) Véase en la 1.ª P. la C. 79, a. 5.